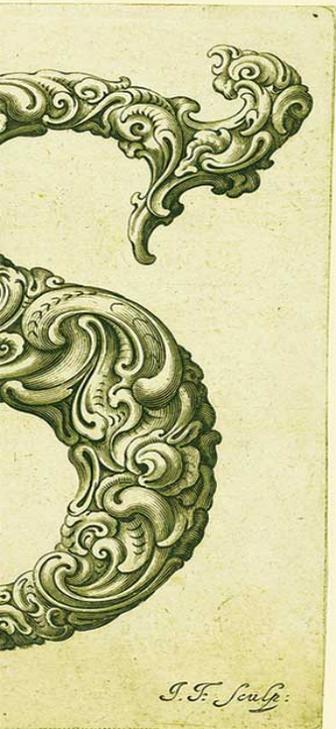
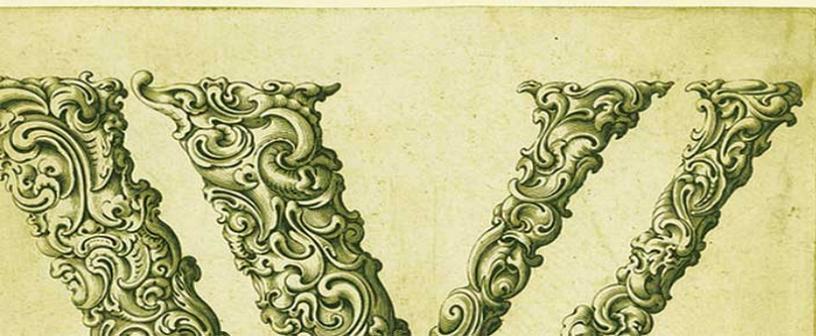
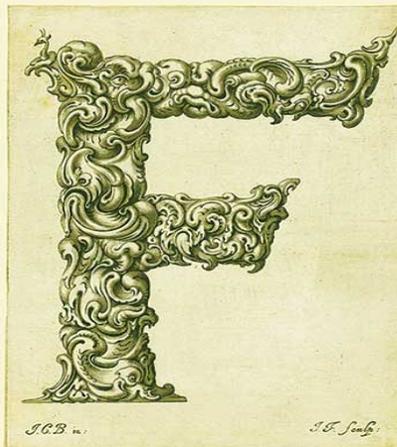
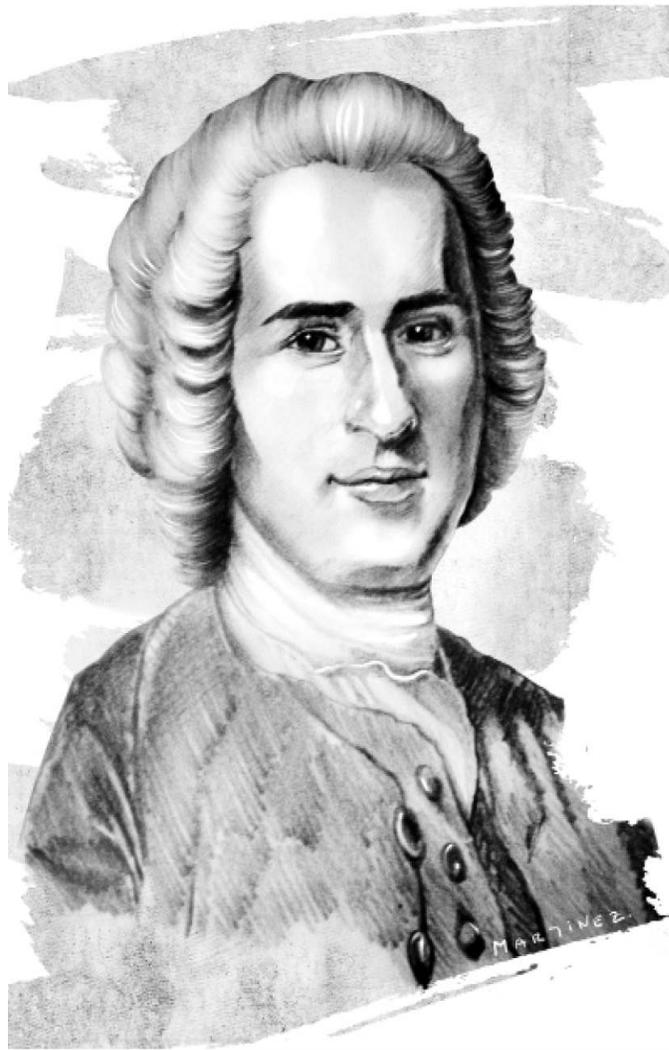


ENSAYO SOBRE
EL ORIGEN
DE LAS LENGUAS



JEAN-JACQUES
ROUSSEAU





Rousseau, Jean-Jacques Ensayo sobre el origen de las lenguas. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : EGodot Argentina, 2015. E-Book. ISBN 978-987-3847-42-4 1. Filosofía. CDD 190

Título de la edición original

Essai sur l'origine des langues

Traducción

Mikaël Gómez Guthart

Corrección

Gimena Riveros

Imágenes de tapa

Libellus Novus Elementorum Latinorum – Diseñado por Jan Christian Bierpfaff (1600-ca.1690) y grabado por Jeremias Falck (1610-1677)

Traducción del inglés

Ana Bello

Foto de tapa

Thomas Farina | farinathomas@gmail.com
Alcatraz isolation cells

Ilustración de Jean-Jacques Rousseau

Juan Pablo Martínez Spezza
arte.pablomartinez@gmail.com

Diseño de tapa e interiores

Víctor Malumián

Ediciones Godot
www.edicionesgodot.com.ar
info@edicionesgodot.com.ar
Facebook.com/EdicionesGodot
Twitter.com/EdicionesGodot
Buenos Aires, Argentina, 2014

Capítulo 1.

Acerca de las diversas maneras de formular nuestros pensamientos

El habla distingue al hombre entre los animales: el lenguaje distingue las naciones entre sí; se desconoce el origen de un hombre hasta que no haya tomado la palabra. El uso y la necesidad hacen que uno aprenda la lengua de su país: ¿qué es lo que hace que esta lengua sea la de su país y no de otro? Conviene, para decirlo, volver hacia atrás y examinar algunas razones que tienen que ver con lo local, y que son anteriores a las costumbres mismas: el habla, al ser la primera institución social, solo debe su forma a causas naturales.

Ni bien un hombre fue reconocido por otro como ser sensible, pensante y parecido a él, el deseo o la necesidad de comunicarle sus sentimientos y sus pensamientos lo llevó a buscar los medios para alcanzarlo. Estos medios solo pueden sacarse de los sentidos, únicos instrumentos con los cuales un hombre puede actuar sobre otro. Así se forman entonces los signos sensibles para expresar el pensamiento. Los inventores del lenguaje no hicieron este razonamiento, pero el instinto les sugirió su consecuencia.

Existen solamente dos medios generales por los cuales podemos actuar sobre los sentidos del otro: el movimiento

y la voz. La acción del movimiento es inmediata por el tacto o mediata por el gesto: la primera, teniendo como límite la longitud del brazo, no puede transmitirse a distancia, pero la segunda logra alcanzar tanta lejanía como el radio visual. De este modo solamente quedan la vista y el oído como órganos pasivos del lenguaje entre hombres dispersos.

Aunque la lengua del gesto y la de la voz sean igualmente naturales, la primera es sin embargo más fácil y depende menos de las convenciones: porque nuestros ojos son afectados por una cantidad mayor de objetos que nuestros oídos, y las figuras poseen más variedad que los sonidos; son también más expresivas y dicen más en menos tiempo. El amor, por lo que dicen, fue el inventor del dibujo; pudo también inventar el habla, pero con menos éxito. No muy conforme con ella la desprecia: tiene maneras más vivaces de expresarse. Aquella que trazó con tanto placer la sombra de su amante ¡le dijo tantas cosas! ¿Qué sonidos hubiese empleado para reproducir ese movimiento de cálamo?

Nuestros gestos no hacen más que poner en evidencia nuestra inquietud natural, pero no quiero detenerme sobre aquellos. Solamente los europeos gesticulan cuando hablan: pareciera que toda la fuerza de su lengua está en sus brazos; agregan también la de sus pulmones y todo esto no les sirve en absoluto. Mientras un francés se debate y agita su cuerpo para decir muchas palabras, un turco retira un momento la pipa de su boca, dice un par de palabras a media voz, y lo aplasta con una sola sentencia.

Desde que aprendimos a gesticular, olvidamos el arte de las pantomimas, así como teniendo una cantidad de lindas gramáticas ya no entendemos más los símbolos de los egipcios. Lo que los antiguos decían más vivamente, no lo expresaban con palabras, sino con signos: no lo decían, lo mostraban.

Abran la historia antigua; la encontrarán llena de esas maneras de hablar a los ojos, y nunca fallan en producir un efecto más seguro que todos los discursos que se podrían haber formulado en su lugar. El objeto ofrecido antes de hablar sacude la imaginación, excita la curiosidad, mantiene el espíritu en suspenso y pendiente de lo que se va a decir. Noté que los italianos y los provenzales, para quienes el gesto precede ordinariamente al discurso, encuentran así el medio de hacerse escuchar mejor y hasta con más placer. Pero el lenguaje más energético es aquel en el que el signo lo dijo todo antes de que se hable. Tarquino, Trasibulo segando las adormideras más altas, Alejandro aplicando su sello sobre la boca de su favorito, Diógenes paseando ante Zenón, ¿no hablaron mejor que con palabras? ¿Qué circuito de palabras hubiese expresado mejor las mismas ideas? Darío, instalado en Escita con su ejército, recibe de parte del rey de los escitas una rana, un pájaro, una rata y cinco flechas: el heraldo entrega su regalo en silencio, y se va. Esta terrible amenaza es escuchada y Darío se apura a regresar a su país como puede. Reemplacen esos signos por un mensaje: cuanto más amenazante sea, menos impresionará. Ya no será más que una fanfarronada de la cual Darío se hubiese reído.

Cuando el Levita de Efraín quiso vengar la muerte de su mujer, no escribió a las tribus de Israel: dividió el cuerpo en doce pedazos y se los envió. Ante ese espectáculo tan horrible, los destinatarios corrieron a las armas gritando al unísono: No, nunca nada semejante ocurrió en Israel desde el día en que nuestros padres salieron de Egipto. Y la tribu de Benjamín fue exterminada ¹. Hoy en día el asunto se transformó en alegatos, discusiones, quizá en bromas, se hubiese diluido, y el más horrible crimen hubiese finalmente quedado impune. El rey Saúl, regresando de la labranza, descuartizó los bueyes de su arado y utilizó un signo semejante para hacer marchar a Israel en socorro de la ciudad de Jabes. Los profetas de los judíos, los legisladores de los griegos al ofrecer muchas veces al pueblo objetos sensibles, le hablaron mejor gracias a esos objetos que si hubiesen hecho grandes discursos; y el relato que hace Atenea de cómo el orador Hipérides consiguió la absolución de la cortesana Friné sin alegar una sola palabra en su defensa, refleja también esa elocuencia muda, la que no tarda en producir un gran efecto, sean cuales sean los tiempos.

Se habla entonces mejor a los ojos que a los oídos. Nadie permanece insensible respecto a la verdad del juicio de Horacio. Se observa también que los discursos más elocuentes son aquellos en los que se mencionan más imágenes; y los sonidos nunca poseen tanta energía como cuando producen el efecto de los colores.

Pero cuando se trata de emocionar al corazón y encender las pasiones, ocurre algo muy distinto. La impresión sucesiva del discurso, que conmueve

doblemente, genera una impresión distinta a la presencia del objeto mismo, por el cual basta con un vistazo para verlo todo. Supongamos una situación dolorosa perfectamente conocida, viendo la persona abatida difícilmente se emocionarán hasta llorar; pero si le dan la oportunidad de contarles lo que siente, de pronto terminarán bañados en lágrimas. Por eso las escenas trágicas consiguen conmover ². La pantomima sin discurso dejará casi impasible, el discurso sin gesto arrancará lágrimas. Las pasiones tienen sus gestos, pero tienen también sus acentos que nos estremecen y a los cuales uno no puede sustraerle su órgano, penetran por medio de él hasta el fondo del corazón, producen allí los movimientos que los generan, y nos hacen sentir lo que escuchamos. Para concluir, digamos que los signos visibles hacen más exacta la imitación, pero el interés se estimula mejor con los sonidos.

Esto me hace pensar que si solo hubiésemos tenido necesidades físicas, podríamos no haber hablado nunca, y entendernos perfectamente con la lengua del gesto. Podríamos haber establecido sociedades relativamente similares a las actuales o que hubiesen funcionado mejor. Podríamos haber instituido leyes, elegido gobernantes, inventado artes, establecido el comercio y, en una palabra, hecho casi tantas cosas como hacemos gracias al habla. La lengua epistolar de los salams ³ transmite, sin temor a los celos, los secretos de la galantería oriental a través de los harenes más vigilados. Los mudos del Gran Señor se entienden entre sí y entienden todo lo que se les dice por medio de signos tan bien como si se les dijera con un